

LAS TRES LLAMADAS DE CARLOS CARRETTO

El Hermano **Carlos Carreto** vivió una apasionada vida apostólica en la Acción Católica italiana. Más tarde, siguiendo la espiritualidad de **Charles de Foucauld** fue al desierto del Sahara para vivir una exigente vida contemplativa. Sus "*Cartas del desierto*" (1964) son un formidable testimonio de esta experiencia. En la *Introducción* nos confiesa su proceso de conversión. Recordemos sus palabras:

La llamada de Dios es algo misterioso, porque viene de la oscuridad de la fe. Además tiene una voz tan débil y discreta, que se necesita todo el silencio interior para percibirla. Y, sin embargo, no hay nada tan decisivo y perturbador para un hombre sobre la tierra, nada más seguro ni más fuerte. Esa llamada es continua: ¡Dios está llamando siempre! Pero hay momentos característicos que nosotros anotamos en nuestro diario y no olvidamos jamás. Tres veces en mi vida oí esa llamada.

Primera llamada

La primera determinó mi conversión a los 18 años. Era maestro de escuela nacional en una aldea. Hubo, con ocasión de la Cuaresma, una misión en el pueblo. Tomé parte en ella, y de ella me quedó el recuerdo de una predicación anticuada y aburrida. Puedo decir que ciertamente no fueron las palabras las que sacudieron mi estado de indiferencia y de pecado. Pero cuando me arrodillé ante un anciano misionero, del que recuerdo sus ojos claros y sencillos, para hacer mi confesión, advertí en el silencio del alma el paso de Dios. Desde aquel día me sentí cristiano y comprobé que mi vida había cambiado.

Segunda llamada

La segunda vez fue a la edad de 23 años. Pensaba casarme y, sin embargo, sabía que podía existir algún otro camino para mí. Me encontré con un médico que me habló de la Iglesia y de la hermosura de servirla con todo nuestro ser, aun permaneciendo en el mundo. No sé qué sucedió en aquellos días ni cómo sucedió; el hecho es que, rezando en una iglesia desierta donde había entrado para desahogar el tumulto de los pensamientos que agitaban mi mente, sentí la misma voz que había oído durante la confesión con el anciano misionero. «Tú no te casarás; tú me ofrecerás tu vida. Yo seré tu amor para siempre». No me fue difícil renunciar al matrimonio y consagrarme a Dios, porque todo había cambiado en mí; me hubiera parecido extraño enamorarme de una muchacha, ¡de tal manera llenaba Dios mi vida! Fueron años llenos de trabajos, de pasiones, de encuentros con almas, de grandes sueños. Las mismas equivocaciones - y fueron muchas- se debían a la violencia de lo que ardía dentro de mí y que todavía no estaba purificado.

Tercera llamada

Pasaron muchos años, y muchas veces me sorprendí en oración pidiendo que volviera a oír el sonido de aquella voz que tanta importancia había tenido para mí. Esto sucedió a los 44 años de edad; y fue la llamada más seria de mi vida: la llamada a la vida contemplativa. Se determinó en lo más profundo de la fe, donde la oscuridad es absoluta y las fuerzas humanas ya no ayudan. Esta vez tuve que decir «sí» sin comprender nada: «Déjalo todo y ven conmigo al desierto. No quiero tu acción, quiero tu oración, tu amor». Alguien, al verme partir para África, pensó en una crisis de desaliento, de renuncia. Nada más inexacto que eso. Soy tan optimista por naturaleza y rico de esperanza, que no conozco qué es el desaliento ni la renuncia a la lucha. No; fue la llamada decisiva. Y nunca la comprendí tan bien como aquella tarde de las vísperas de san Carlos de 1954, cuando dije «sí» a la Voz.